

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0'10 cts.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.—Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, 6 en letras de fácil cobro.—Correspondencia en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—La correspondencia al Admin. Idor



LA HORA SANTA

que se celebrará mañana martes 22 de Febrero de diez á once en la Consagrada Iglesia de la Caridad, se aplicará por el eterno descanso del

SEÑOR

D. Abdulio Moneada y Calderón

que falleció el día 6 del corriente mes

DESPUÉS DE RECIBIR LOS SANTOS SACRAMENTOS Y LA BENDICIÓN DE SU SANTIDAD

La familia del finado ruega á sus amigos asistan á tan piadoso acto

R. I. P.

La Exposición de la Argentina

Para la próxima Exposición internacional de Buenos Aires que se celebrará de Mayo á Septiembre, ha sido adquirida por la Colonia española en la Argentina una gran extensión de terreno cubierto, que se cedirá gratuitamente á los productores españoles que quieran exhibir sus mercancías aprovechando la oportunidad que se les presenta y la de que aquella Colonia, en contacto con esto, se llegará también por su cuenta á todos los gastos que ocasiona la presentación de las mercancías, ó sean los de inscripción en la Exposición, los de fletes y acarreo desde el puerto de embarque español hasta el punto de destino y los de instalación en el pabellón adquirido.

También podrán enviar los productos españoles, completamente gratis, las vitrinas y el material de propaganda de que vayan á valerse, pudiendo á remitir mercancías al local de la Exposición para la venta en el mismo.

Todos los que desean conocer detalles de este importantísimo asunto y quieran acogerse á tan halagüeñas concesiones, deben dirigirse en Madrid á la Cámara de Comercio, Mariana Pinado, 5.

Lo del Penal

A las diez y media de la noche del sábado hubo una gran alarma en la población motivada por las continuas llamadas de los pitos de serenitas, y los disparos que se dieron en el muelle de Alfonso XII.

Bien pronto se esparció la noticia de que los penados de esta prisión aflictiva habían intentado nuevamente fugarse, y gran número de curiosos se dirigieron al citado muelle.

Cuando llegamos al edificio del Penal estaba rodeado de fuerzas de la guardia civil, infantería, seguridad y vigilantes nocturnos.

El comandante de dicha prisión, con todo el personal de servicio practicó un detenido reconocimiento en las brigadas y según parece nada normal encontró en ellas.

Se hicieron bastantes disparos y el crucero «Extremadura» con sus reflectores eléctrico iluminó los tejados de dicho establecimiento penitenciario.

El Gobernador militar, el señor Juez de Instrucción, el alcalde interino, el presidente de la comisión de Alumbrados, el inspector de vigilancia, el capitán de la guardia civil y otras autoridades estuvieron en el lugar del suceso.

El cuerpo de vigilancia

La «Gaceta» inserta dos reales órdenes de Gobernación, relacionadas ambas con el Cuerpo de Vigilancia.

La primera de ellas trata de las modificaciones del escalafón de los citados funcionarios.

Señala el término de treinta días para que los interesados formulen su pretensión en instancias documentadas, con los justificantes de los servicios cuyo reconocimiento solicitan.

La otra disposición oficial se refiere á la provisión de 50 plazas de agentes, y dispone que se anuncie convocatoria por plazo de treinta días para proveer por oposición 50 plazas de aspirantes á agentes sin sueldo, en expectativa de destino, y las de aspirante con sueldo de 1.500 pesetas, que se hallen vacantes el día que terminen los ejercicios, señalando las condiciones que han de reunir los opositores.

Las solicitudes se presentarán en los gobiernos civiles de provincia, debiendo remitirse al ministerio de la Gobernación al día siguiente de su presentación.

CUENTO EL TORRERO

... y añaba; era capitán de un hermoso transatlántico perteneciente á una poderosa empresa naviera de nacionalidad británica... Que arguido en lo alto del puente, dirigía al navío su marcha, en el que van centenares de pasajeros cuyas vidas dependen de su experta pericia marina... Que vestido de tan alto cargo transmitía órdenes á sus subordinados de á bordo... Que en el desempeño de su cometido, habíase conquistado de tal forma el aprecio y simpatías del Consejo de Administración de la citada empresa, que hubieron de nombrarlo miembro de su Directiva...

Fuertes y repetidas campanadas que el reloj de la casa martillea, turba el silencio que reina en la alcoba de Claudio—que así es el nombre del protagonista del cuento,—despertándose de aquel feliz sueño, que durante momentos breves, habíale transportado su imaginación á lo real.

La inesperada entrada de su madre en la habitación anunciándole—como de costumbre—llegada la hora de partir para el trabajo, hace se desvanezca por completo de su mente aquella halagüeña pesadilla, que como todas tenía semejante desenlace.

III
Mi sueño dorado,—solía decir Claudio en sus conversaciones,—es ser capitán de un barco. He de adquirir gran relieve en la Marina, siendo uno de los más entendidos y prestigiosos de sus hombres. Si perteneciera á la marina mercante, las empresas y susas navieras han de disputarse mis servicios, y si por el contrario, honro el escalafón de la de guerra los ascensos, cruces y mercedes han de sucederme con rara frecuencia.

Tal era la pasión ciega y el gran amor que sentía por la Marina.

Sus padres,—modestos y honrados obreros,—observaban á cada instante las anemias de su tan querido y único hijo, sumidos en el mayor desconsuelo, ante la imposibilidad de ver cumplidos sus deseos ambiciosos, dada la precaria situación en que se encontraban, cosas ambas que el futuro capitán ignoraba, tal era el estado de atrofiamiento en que se encontraba su cerebro.

IV
Ha corrido el tiempo. Como gigantesca y blanca gaviota álzase en la

cúspide alta de solitario islote un faro: se yergue majestuoso, como desafiando al indómito Océano, que con ímpetu ensordecedor quiebra sus espumosas olas en las empinadas y abruptas rocas que de base le sirve, y cuyo potente foco luminoso es antorcha salvadora de los atrevidos navegantes que surcan las aguas...

El que allí presta sus servicios como torrero, no es otro que Claudio, que tan ínfima compensación tuvo su gran amor á la Marina, trocando así, a feliz sueldo de un día de infancia, que compartía con sus ancianos padres el silencio y la soledad de la isla, alterados únicamente por el bramido de las furiosas olas y el continuo volatilar y susurro de las aves acuáticas.

V
La tarde ponía fin á su término. La luz del faro velaba sobre la superficie de las aguas. El fuerte viento de levante que todo el día habíale soplado, arreciaba más y más levantando inmensas olas. Las anemias que habían escapado el límpido azul del cielo, movidas por el huracán fueran acumulándose en densa y negra nubarrón que presagiaba próxima tormenta. Los pescadores de la ciudad se hicieron á la mar en sus veleros, despreciando sus vidas, en busca del cotidiano pedazo de pan con que poder saciar su hambre.

Pocas horas bastaron para confirmar tan triste augurio: fortísimos truenos precedieron á un incandescente relampagueo, cuya luz dejaba ver el imponente aspecto que presentaba el mar, aprahándose los viejos marinos pescadores á salvar sus vidas contra viento y marea.

De pronto, gritos angustiosos que demandan socorro hicieron los espacios. Claudio creó oír la voz de algún naufrago que pide auxilio. Se acercó á una de las ventanas del faro, y como á unas cuantas brazas del islote ve con horror la titánica lucha que con las aguas sostiene un hombre. Llevado de sus humanitarios sentimientos, desciende hasta los últimos escollos de la isla, desata la frágil barquilla que allí se halla, y parte veloz en su ayuda...

No bien hubo abandonado el suelo firme, cuando una montuosa ola hizo perder de vista al torrero, sepultándolo en las profundidades de Océano.

A los pocos días y en la orilla de una playa cercana al faro, apareció horriblemente mutilado el cadáver de un hombre: era el de Claudio, el torrero de tan buenos sentimientos, el

que en tiempos agurábase gran porvenir en la nautica.

El Océano, queriendo abrigar en su seno el cuerpo de aquel desgraciado ser, que semejante de iris tuvo, arrebatóse en hora trágica á su madre Tierra, la que transida de dolor, volvió á recuperarlo, dándole eterno reposo en su callada mansión...

Damián Pedreño Aparicio.

NECROLOGIA

Ayer tarde fué trasladado al Cementerio de Nuestra Señora de los Remedios el cadáver de don José María Vázquez Esteve, secretario que fué del Banco de Cartagena.

Al acto del sepelio asistió numeroso y distinguido cortejo fúnebre.

Enviamos á la afligida familia del finado, nuestro más sentido pésame.

También recibió ayer cristiana sepultura, en el cementerio de Nuestra Señora de los Remedios, el cadáver de doña Emilia Sánchez Berenguer, hermana de nuestro amigo don Federico, practicante mayor del Hospital de Caridad.

Al acto fúnebre asistió numeroso acompañamiento.

Reciba la familia de la finada nuestro más sentido pésame por tan irremparable pérdida.

Los Californios

En el elegante salón recientemente decorado que la cofradía californiana ha instalado en la Iglesia de Santa María de Gracia á espaldas de la Capilla del Prendimiento, celebró anoche á primera hora cabildo extraordinario dicha hermandad con objeto de dar posesión al nuevo Hermano Mayor elegido D. Justo Aznar y Butigieg.

Después de posesionarse el señor Aznar del cargo, se trató de la celebración de la procesión del Miércoles Santo y por unanimidad de los cofrades que asistieron, que fué su gran número se acordó, *estaharla á la antea* con todo el espiendor posible.

Entre varios de los hermanos se repartieron los tronos, raneando en la junta grandísimo entusiasmo.

Muy bien por los queparados.

La corrida de la Prensa

La comisión de la Asociación de la Prensa de esta ciudad que marchó á Sevilla con objeto de hacer la com-

reción que el criado, al escuchar la pregunta de su amo palideció extraordinariamente.

—Sólo hay dos mujeres en casa, señor—respondió.—Una es la cocinera, que tiene su habitación en el otro lado del castillo, y la otra mi esposa. Puedo asegurar que no fué ella la que lloraba, y creo que tampoco haya sido la otra.

Pero el hombre mentía.

Poco después, al salir del comedor, me encontré cara á cara con la mujer de Barrymore. Bajaba por la escalera y los rayos del sol daban de lleno en su semblante. Era alta, gruesa, de facciones duras y mirada severa. Tenía los ojos rojos é hinchados de tanto llorar. Ya no cabía duda de que ella era la que había llorado durante la noche. ¿Por qué le había negado su marido? ¿Por qué razón trataba de ocultar la pena de su mujer? Esto bastaba para que fuera formándose en derredor de aquel matrimonio una atmósfera repulsiva y llena de sospechas. Barrymore fué quien encontró el cadáver de sir Charles, y no había más explicación que la que él quiso dar acerca de los sucesos ocurridos antes de la muerte. ¿Sería, después de todo, el individuo á quien vimos en Londres en el coche? La barba, por lo pronto, era idéntica. Bien es verdad que el cohecho había dicho que el viajero era bajo y delgado, pero podía haberse equivocado. ¿Cómo podría yo saberlo fijamente? Se me ocurrió

lía ocupara el castillo Baskerville, los Barrymore tendrían asegurado el hogar una casa cómoda, una buena renta y un vivir desahogado.

No obstante, estas razones me parecían muy triviales para explicar la misteriosa red de intrigas y astucias en que se hallaba envuelto el joven sir Henry. El mismo Holmes había declarado que era un caso de los más difíciles en que había entendido.

Aquella mañana, durante mi paseo, hice ardientes votos porque Holmes se viera pronto libre de sus ocupaciones en Londres, para que pudiera venir á librarme de la enorme responsabilidad que había echado sobre mis hombros. De pronto vino á distraerme de mis meditaciones el ruido de las pisadas de alguien que parecía perseguirme y una voz que pronunciaba mi nombre. Me volví creyendo ver al doctor Mortimer, pero con asombro me encontré con el que me llamaba me era completamente desconocido.

Un individuo de baja estatura, muy delgado, rubio y de facciones sin expresión, venía corriendo hacia mí. Representaba de treinta á cuarenta años de edad, y vestía traje gris con sombrero de paja. De su hombro pendía una caja de latón para llevar objetos de botánica y en la mano llevaba una red verde de coger mariposas.

No fué, sin embargo, aquella mi postrera impresión. A pesar de hallarme rendido de cansancio no pude conciliar el sueño, y pasé horas y horas dando vueltas en la cama, pensando siempre en la triste muerte de sir Charles.

El débil ruido que turbaba el silencio de la noche era el del reloj al sonar las horas. De repente llegó á mis oídos un rumor que me causó no poca sorpresa: fué el sollozo ahogado de una mujer, un hondo suspiro en el que hubiera podido traslucirse un dolor inmenso.

Me incorporé en la cama y me puse á escuchar atentamente. El sollozo no partía de muy lejos; era dentro de la casa indudablemente.

Esperé media hora con la ansiedad que es de suponer, y nada volvió á turbar el silencio de la noche. No se oía otro ruido que el del reloj y el roce de la hiedra contra la pared.

El día siguiente amaneció con un tiempo magnífico, lo que contribuyó en gran parte á que des-